

# Leer, oír, cantar. El lector en la antigüedad

SERGIO PÉREZ CORTÉS\*

*La lectura es, a pesar de las apariencias, un gesto complejo. La soledad, la introspección, la reflexión solitaria, que son nuestros comportamientos en la lectura actual, son enteramente ajenos a una cultura en la que la voz viva y la expresión dramática también colaboraban en la producción del significado del texto. El presente trabajo se propone reconstruir, de manera tan meticulosa como sea posible, esa experiencia intelectual que ya nos resulta ajena.*

Tal vez, como lo pensaba san Agustín, la lectura y la escritura están entre los trabajos impuestos a la primera pareja como resultado de la desobediencia, de la curiosidad y del orgullo humanos (cit. en Stock, 1996: 15-16). Antes de la caída no había necesidad de tales instrumentos porque Dios hablaba directamente a Adán y Eva, lo mismo que lo había hecho con los profetas hebreos, o hacía conocer su voluntad sin necesidad del lenguaje. Según san Agustín la lectura y la escritura surgieron en algún momento y habrán de desaparecer al final del tiempo, cuando las almas restablecerán su unidad con Dios. Pero, mientras tanto, los seres humanos han debido adoptar esos instrumentos imperfectos y, como a todo lo humano, le han otorgado una historia. Nuestro propósito aquí es desechar por un instante las coordenadas que nos son habituales y narrar un fragmento de esa historia, centrando la atención en actitudes y gestos intelectuales que nos resultan ajenos: aquellos del lector antiguo, precisamente en los primeros cinco siglos de la era que se inicia con Cristo. Intentemos pues una suerte de etnografía histórica en torno al lector de la antigüedad.

En el inicio de la época imperial, Roma representó uno de los momentos de la antigüedad en que la alfabetización alcanzó sus niveles más altos. Una parte significativa de la aristocracia romana, incluidas las mujeres, sabía leer y escribir (Harris, 1989: 175ss.). Era una minoría, pero una extensa minoría. Esta clase coexistía al lado de una enorme mayoría iletrada, la que sin embargo no carecía de contacto con la página escrita en una serie de dominios diversos: políticos, jurídicos, comerciales o literarios. En estos y muchos otros espacios sociales se practicaba la lectura pública en voz alta.<sup>1</sup> Lo notable es que puede afirmarse que, lo mismo que para la masa analfabeta de la población romana, para aquellos aristócratas el acceso a la página escrita se realizó a través de la lectura en voz alta. Aun para esta clase que “conocía sus letras”, el ingreso a la página debió ser más aurál que visual, debido al uso constante de esclavos y libertos profesionales en la lectura y la escritura. El aristócrata sabía leer y escribir, pero con frecuencia no lo hacía por sí mismo: no escribía puesto que seguía la costumbre de dictar sus obras a sus secretarios y amanuenses; salvo en

---

\* Profesor investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

<sup>1</sup> El artículo pionero es Balogh, 1927.

determinadas ocasiones tampoco leía, más bien oía leer a esos sirvientes profesionales que los latinos llamaban lector y los griegos anagnostes. Debido a ello, el contacto con la página tuvo en Roma un fuerte carácter profesional, y no es una contradicción afirmar que incluso en el caso de individuos tan letrados como Plinio el joven fue mucho más lo que “oyó leer” a sus libertos Zóximo y Escolpio, que lo que leyó por sí mismo. Es este hábito de “oír leer” el que debe tenerse presente para comprender la función del lector en la antigüedad. Un caso ciertamente extremo en este hábito de escuchar fue Calvicius Sabinus, un liberto millonario que deseaba ser erudito. Séneca nos informa que, antes que comprar manuscritos, prefirió comprar once siervos, uno de los cuales debía conocer de memoria a Homero, otro a Hesíodo y los nueve restantes debían distribuirse a los nueve poetas líricos. Los siervos le resultaban muy caros, pero en caso de no encontrarlos, los mandaba instruir, convencido de que con ello sabía todo lo que valía la pena saber. Provisto de ese conjunto, comenzó a importunar a sus invitados: “tenía a sus pies a esos esclavos a los que continuamente pedía versos, pero a menudo se perdía en medio de una frase” (Séneca, 1993: XXVII, 5-7).

Naturalmente, existían otras modalidades del acto de leer, incluida la lectura silenciosa (cf. Knox, 1968: 435), pero la importancia de la lectura en voz alta justifica el que localicemos al lector antiguo básicamente en el momento en que lee en público. En tiempos de Cicerón (siglo I a.C.) el lector aparecía entre las diversiones posteriores a la cena —a veces en compañía de espectáculos sumamente vulgares—, en las que se escuchaba la lectura de trabajos en verso o en prosa. Quizá Ático, el amigo de Cicerón, era excepcional en la costumbre de no permitir más que lectores como diversión del fin de la velada. En este contexto, llamémosle “privado”, el que leía era usualmente un esclavo o un liberto, y lo hacía ante su amo y un grupo de amigos. Pero a partir del siglo I d.C. se pusieron de moda las *recitationes*, es decir, la lectura pública de obras, por parte del autor mismo, ante auditorios a veces muy numerosos.

En las reuniones privadas el esclavo o liberto leía obviamente de pie, mientras que en las recitaciones el autor o el lector, sentado en una silla (*cathedra*), permanecía en un estrado, teniendo frente a sí al público del auditorio. En todos los casos, esos lectores sostenían un rollo en las manos. Hasta que el códice (*codex*) no hizo su aparición, en el siglo II d.C. en los medios cristianos, y mucho más tarde en los paganos, el lector antiguo tuvo entre sus manos un rollo de papiro llamado volumen. La escritura se presentaba en la cara interna, llamada recto, bajo la forma de una secuencia ininterrumpida de columnas de anchura variable,

realizadas en sentido perpendicular a lo largo del rollo. El nombre de volumen le venía al rollo por su forma, porque “enrollar” era una acción que se describía con el término *volvere*. Para esa misma acción, los latinos hacían uso de la palabra *plicare*, “plegar”, y *complicare*, “plegar sobre sí mismo”. Por el contrario, *explicare* significaba “desenrollar”; en consecuencia, un volumen que había sido leído de un extremo a otro era llamado *explicitum*. De ahí viene el uso de la palabra *explicit* para marcar el “fin de un libro”. Los copistas escribían al final *explicitus est liber* o *explicitus liber*, fórmula que más tarde fue abreviada a *explicit liber* o más brevemente *explicit* (Leclercq, 1953c: 1756-1757).

El lector sostenía el rollo con ambas manos. Lo mantenía firme con la mano derecha mientras estiraba y volvía a enrollar, con la mano izquierda, el fragmento que ya había leído. Las representaciones iconográficas conservadas muestran lectores que mantienen a la vista una porción más o menos extensa del texto que están leyendo, pero también los muestran manteniendo ambos cilindros en una sola mano, interrumpiendo su lectura, tal vez explicando determinado pasaje particularmente arduo (Marrou, 1937: 25-27). Algunas fuentes iconográficas muestran al lector utilizando también un atril de madera en el que descansaba el rollo mientras leía sentado; el atril podía estar apoyado en su regazo o bien montado en un pequeño soporte independiente. Su actitud corporal es importante porque nos permite distinguir al lector del *orator*. Ambas, la lectura y la oratoria, eran declamaciones hechas en voz alta, pero el lector mantenía notables diferencias con el orador. La más importante era que el lector no tenía el brillo de la espontaneidad, la frescura de la retórica, y el carácter agonístico que tanto esplendor daban al orador en sus declamaciones persuasivas. Es posible que la lectura pública en voz alta no alcanzara el mismo efecto deslumbrante que la oratoria. En oposición a los desbordamientos retóricos, el lector antiguo tenía como virtudes su reserva, su discreción, su cautela, que se traducían en su comportamiento gestual, porque a diferencia del orador, quien hacía uso de toda la movilidad y la expresividad de su cuerpo, el lector, con ambas manos ocupadas con el rollo y la mirada puesta en el texto, debía confiar prácticamente toda la expresividad a su voz.

Cuando intentan describir al lector, las fuentes antiguas hacen referencia sobre todo al volumen y a la modulación de su voz (Plinio el joven, 1989: V, XVII, 2-3), a la serenidad de su rostro, a la humedad de sus ojos (a los que se concede una capacidad expresiva particular) y a su traje. No sabemos qué aspecto presentaban esclavos y libertos en sus declamaciones, pero en las *recitationes*, cuando el autor interpretaba



su propia obra, se presentaba con un cuidado personal que no escapó a la ironía de Persio: “peinado y con toga reluciente... en sede elevada leerás —luego que hayas purificado la garganta mudable con fluida modulación—, con lánguido ojito quebrantado” (Persio, 1987: 13-17). El rollo que estaba en manos del lector tenía en promedio de 10 a 12.5 metros de largo, lo que constituía un volumen de dimensiones manipulables. Probablemente la extensión estaba en concordancia con el tiempo de lectura, de manera que un rollo íntegro pudiese ser leído en una sola sesión. Pero también había rollos de dimensiones enormes, lo que los hacía difícilmente manejables, y hasta peligrosos. Plinio el joven relata, por ejemplo, que Verginius Rufus, a la edad de 83 años, leía de pie un libro muy grueso que, por su peso, escapó de sus manos; quiso recogerlo pero perdió el equilibrio, rompiéndose la cadera en el momento de caer al piso, lesión de la que no pudo reponerse hasta su muerte (Plinio el joven, 1989: II, I, 5).

El vínculo de un lector con su página nunca es un dato inmediato, pero en el caso del lector en la antigüedad esa relación era aún más compleja por dos razones, una de naturaleza técnica, la otra de naturaleza retórica. Examinemos la primera. Los autores griegos desde la época helenística, y los latinos desde finales del siglo I d.C., recibían de sus escribas rollos cuyas columnas estaban elaboradas en *scriptura continua*, es decir, bajo la forma de una cadena ininterrumpida de letras que no contenía ninguna separación entre palabras, frases o párrafos, que exhibía poca o ninguna puntuación, y apenas unas cuantas ayudas a la lectura. Las razones para la aparición de una escritura semejante son diversas, pero estaban tan estrechamente vinculadas a la cultura antigua que tardaron siglos en ser removidas. Los griegos habían desarrollado este tipo de página desde el siglo II a.C. y los latinos, que entonces indicaban la separación entre palabras por medio de un punto o de una línea, abandonaron esta práctica a finales del siglo I d.C., en una de las más notables regresiones conocidas en la historia de la escritura (Wingo, 1972: 15-16).

Lo importante para nosotros es que una página en *scriptura continua* tiene características técnicas que imponen al lector cierta conducta. Ante todo porque la lectura inmediata se dificulta. Para el lector en la antigüedad la lectura instantánea de un texto desconocido no era la norma, y cuando lo lograba era considerado índice de una destreza excepcional. El autor no había agregado ninguna puntuación porque había dictado su texto; el copista tampoco lo había hecho porque éste actuaba ante la copia de manera mecánica. Ello obligaba al lector a una preparación previa al acto de leer. La página se presentaba así bajo la certeza de que el lector habría de agregar las divisiones pertinentes entre las partes del texto, lo mismo que hoy se le puede pedir que separe las hojas de un libro.<sup>2</sup>

A esta preparación previa los latinos la llamaban *praelectio* y estaba compuesta por diversos momentos, uno de los cuales era la *discretio*. Para llevarla a cabo, el lector contaba con una serie de ayudas que empezaban desde su formación elemental, porque el método antiguo consistía primero en el aprendizaje de la forma de la letra, luego en unir letras para formar sílabas y finalmente la unión de éstas hasta formar palabras. Estaba pues habituado a esos procedimientos de seg-

<sup>2</sup> Dentro de la *scientia interpretandi*, la *lectio* estaba acompañada por la *enarratio*, la *emendatio*, y el *iudicium*. Entre ellas, era la *lectio* la que recibía un tratamiento más detallado en virtud de que las reglas para la lectura eran los principios irreducibles de la educación gramatical, y de que ellas podían ser fácilmente sometidas a un tratamiento sistemático. La *lectio*, a su vez, estaba compuesta de las siguientes partes: *accentus*, por el cual se determinaba el acento correcto de cada sílaba; *discretio*, por la cual se establecía un significado claro a partir de significados confusos; *modulatio*, es decir, la expresión agradable al oído del escrito, siguiendo la métrica prevista por el autor; finalmente, *pronuntiatio*, que era la detección de las diferentes personas que participan en el texto. Son estas partes a las que se refieren las páginas siguientes.

mentación. El lector debía poseer además una base de conocimientos gramaticales que resultaban indispensables para la comprensión de una lengua que, como el latín, ofrece mucha información morfológica y sintáctica por medio de elementos flexionales y temáticos. Adicionalmente, el lector podía echar mano del conocimiento de su propia lengua y de ciertas características gramaticales del latín, que posee algunos equivalentes morfológicos susceptibles de reemplazar ciertos signos de puntuación. Así por ejemplo, el lugar eventual de una coma puede ser percibido por la aparición del enclítico —*que*, como en *neque* o *atque*. Algunos adverbios demostrativos como *ita* o *sic* son con frecuencia equivalentes de un colon (pausa). Usualmente las oraciones interrogativas latinas son introducidas por palabras como —*quis*, o bien *ubi*, *unde*, *nonne*, *ne*, etcétera. Para indicar una cita directa el latín utiliza las palabras *illud*, *illa*, o bien el verbo *dico* en su forma *inquit* (Hodgman, 1923: 409).

El lector llamaba *distinguere* a ese trabajo preliminar de segmentación. Por derivación, *distinguere* llegó a significar “marcar mediante un signo”, es decir, puntuar. La puntuación era agregada únicamente a la página que iba a ser leída, y no sería reproducida en las copias ulteriores. Puesto que la puntuación dependía de las necesidades de cada lector nunca era sistemática, era extraño que un texto fuese puntuado por completo, y no había ninguna ortodoxia en seguir las sugerencias dadas por los gramáticos. Preparar un texto para la lectura era conocido como *codicem distinguere* y el gramático Sergio llamaba *codex distinctus* a un texto preparado para la lectura. Al puntuar su página el lector tenía dos propósitos: uno, retirar ambigüedades; otro, reconstruir los valores retóricos y estilísticos del texto. El primer objetivo, retirar ambigüedades, era indispensable para recobrar el sentido general del texto. En efecto, la *scriptura continua* tiene el inconveniente de ofrecer al lector inadvertido pistas falsas: puede hacer que tome la última sílaba de una palabra por la primera sílaba de la siguiente (o a la inversa), o bien puede inducirlo a leer dos palabras donde sólo hay una (o al revés): “es por eso que Servius censuraba a Donato por haber leído de manera incorrecta en la *Eneida* II, 798: *collectam ex Ilío pubem* (un pueblo reunido desde Troya), en lugar de *collectam exilio pubem* (un pueblo reunido para el exilio)” (Parkes, 1993: 10). *Distinguere* formaba parte de la *discretio*, segunda sección del arte de la lectura, cuyo propósito era producir un significado claro a partir de significaciones potencialmente confusas. Eso explica que Casiodoro llamara a los signos de puntuación “senderos del significado y faros de luz para las palabras, que hacen tan sencilla la comprensión al lector como si fuese ins-

truido por el mejor de los intérpretes” (cit. en Irvine, 1994: 73).

El segundo objetivo que perseguía el lector al puntuar su texto era reconocer los valores estilísticos y métricos del texto que tenía ante sus ojos. Esta segunda cuestión afectaba también al significado, porque con ello el lector restablecía las pausas y las modulaciones que el autor había previsto sabiamente en el momento del dictado. Las pausas que el lector determinaba no eran sólo de aliento, sino de sentido. Ésta era la llamada *modulatio*, es decir la modulación de la voz que servía para hacer inteligibles a aquellos que escuchaban las cadencias que el autor había previsto, haciendo coincidir la lectura con la melodía, convirtiendo en placentera la escucha, evitando asperezas, todo ello sin desnaturalizar el significado.

Tan intrincada como parezca, la preparación del lector antiguo no había terminado e incluía la *pronuntiatio*, es decir la detección de la naturaleza del texto y de las personas y los caracteres en él involucrados. A esta parte interpretativa del texto los griegos la llamaban correctamente “dramatización” y consistía, primero, en adoptar el tono adecuado a la naturaleza del escrito. Así, un texto clásico debía ser leído en estilo heroico, uno cómico en estilo natural, uno elegíaco con gracia, uno épico con vigor, un poema lírico melodiosamente, y un escrito patético debía ser interpretado con un dolor medido. Según Dionisio el Tracio (siglo II a.C.) “una lectura que fracase en seguir esos requerimientos destruye la poesía y hace ridícula la ejecución del lector” (cit. en Quinn, 1982: 104). En segundo lugar, la *pronuntiatio* exigía valorar la personalidad y el tono de voz adecuado a sus personajes. De acuerdo con éstos, el lector debía expresar la moderación propia del viejo, la insolencia del joven, la debilidad característica de la mujer y, en general, el carácter y la cualidad de cada persona (Bonner, 1984: 292). Por eso era generalmente admitido que, durante su aprendizaje, además de su profesor de retórica, el aristócrata tuviera a su lado un actor profesional de comedias, con el riesgo, según Quintiliano, de que el alumno acabe extralimitándose en la expresión facial y los gestos, y busque imitar la aguda voz de las mujeres, el tono vacilante de los ancianos o los desórdenes de los borrachos.

En su oficio, el lector no exhibía únicamente su destreza técnica con las letras, sino su comprensión global del texto. Se le pedía que distinguiera y pronunciara las sílabas y las palabras correctamente, que puntuara frases y oraciones en unidades sintácticas, semánticas y métricas correctas, y que modulara la voz de acuerdo con la materia y las personas de un texto. Se comprende entonces que el lector antiguo estaba lejos de actuar como lo hacemos nosotros, que

recibimos pasivamente y en silencio un texto cuya página contiene todo el sentido explícito y que no exige ninguna ejecución declamatoria. En la antigüedad, el lector era un personaje activo que debía convertir una página muda en *sermo*, en voz, insertándola en ese mundo prestigioso que era la retórica, compartiendo el acceso a la página con muchas más personas de las que, en principio, eran capaces de leer.

En la antigüedad, leer era producir. La página era en cierto modo neutral y durante mucho tiempo no fue necesaria ninguna ayuda adicional. Leer no era sólo interpretar con la voz sino producir un texto que, mudo, aún no tenía una existencia propia. Cada ejecución declamatoria era producción de sentido, una reactivación de la memoria y la voz escasamente transmitidas por la *scriptura continua*. El lector debía incluir, en su voz y en sus gestos, todos los niveles de significación de un texto. La declamación que ejecutaba era esencial para la comprensión y un prerrequisito para el sentido, puesto que sólo un texto así interpretado era objeto de la *enarratio* y del *iudicium*, que eran los equivalentes antiguos del análisis y el juicio valorativo. Al leer, el lector comprometía el futuro de la obra y la reputación del autor. Plinio el joven, quien se encontró en una situación similar, lo sabía bien. Él, de quien se decía que leía mal sus propios poemas, tenía dudas acerca de si debía hacerse sustituir por uno de sus libertos en una lectura pública que deseaba ofrecer a sus amigos:

...esto es ciertamente tratar sin formalidad a los amigos porque el hombre que he escogido no es realmente un buen lector, sino apenas un lector mejor que yo, y eso en la medida en que no se atemorice... él es tan inexperimentado lector como yo lo soy como poeta. Ahora bien, no sé que hacer yo mismo mientras él esté leyendo. ¿Debo sentarme y permanecer en silencio como un simple espectador o debo acompañar sus palabras en voz baja, con la mirada o con gestos? Pienso que soy tan mal mimo como lector. Te repito, sácame de dudas y dame una respuesta sincera acerca de si es mejor que yo lea, no importa qué tan mal, o es mejor que haga —o que no haga— lo que te he dicho (Plinio el joven, 1989: IX, XXXIV).

Desde su estrado, de pie o sentado, el lector debía reconstruir, con la sola fuerza y modulación de la voz, la expresividad del texto ante un auditorio que, en su mayoría, nunca vería la obra escrita. Un verdadero esfuerzo físico: “no olvidemos que el lector romano es un muscular que gusta de gestos amplios” (Marichal, 1971: 215). Era por eso que los médicos en la antigüedad recomendaban a sus pacientes leer, lo mismo que caminar o correr. Desde luego, esta lectura dramatizada tenía el riesgo de hacer del lector un histrión, pero

como contrapartida, podía ser maravillosamente efectiva, como sucedía con Virgilio quien, sin ser un lector profesional, suscitaba la envidia de sus colegas por su voz, su expresión y su fuerza dramática. Tuvo oportunidad de probarlo cuando debió leer el libro VI de la *Eneida* ante Augusto y su familia: en el momento en que interpretó esa parte del texto (863-870) en la que el joven Marcelo, recientemente fallecido, es presentado en el inframundo al lado de su abuelo, esperando el momento de su nacimiento, Octavia, la madre del joven, cayó desmayada (Suetonio, 1969: 435).

Este tipo de lectura no estaba al alcance de las naturalezas frágiles. El lector requería fortaleza porque sus interpretaciones podían ser de larga duración. De este modo, en sesiones de tres o cuatro horas diarias, Plinio el joven requirió de dos días para dar lectura a sus poemas ligeros, y de tres días para leer a sus amigos el *Panegírico* de Trajano. El mismo Virgilio debió leer durante cuatro días seguidos sus *Geórgicas* a Augusto, pero, como no era un lector profesional, tenía que aceptar que Mecenas lo reemplazara cuando la voz le fallaba. El lector actuaba con parsimonia y expresividad pero no le corría prisa, porque la antigüedad no tenía las mismas tribulaciones de leer muchos textos como nosotros. Por varias razones esa lentitud no fue resentida como un obstáculo: la primera, obvia, es que la lectura dramatizada en voz alta supone un mayor tiempo para verbalizar de manera inteligible, que el lapso requerido para el recorrido visual y silencioso del texto. Pero una segunda razón técnica, más interesante, es que el patrón de búsqueda visual que el lector antiguo estaba obligado a realizar es mucho más complicado que el del lector moderno ante la página impresa. En efecto, en el acto de lectura el ojo no se mueve a través de la página con una velocidad constante, sino mediante una serie de fijaciones y saltos, mismos que en el caso de la página impresa tienen como auxilio los espacios en blanco entre palabras, frases y párrafos, lo mismo que la serie de convenciones gráficas que aseguran la legibilidad de la página, tales como las letras mayúsculas o los acentos. Pero debido a la *scriptura continua*, el lector antiguo carecía de espacios en blanco o de convenciones que pudieran servirle de guías, de manera que el ojo de ese lector requería de más del doble de fijaciones por línea que las que realiza un lector moderno por cada línea de texto impreso.

Además del número creciente de fijaciones, el lector antiguo estaba obligado a una mayor cantidad de regresiones oculares para verificar la corrección en la separación y el reconocimiento de las sílabas y las palabras ya pronunciadas. Experimentalmente se sabe que el ojo realiza el reconocimiento de los caracteres

escritos en distintas longitudes dentro del campo visual. En el área llamada de visión aguda que se concentra en un ángulo de aproximadamente 2°, el ojo percibe en detalle la forma de cada letra. En torno a esta área de visión aguda, en un ángulo de aproximadamente 6°, existe una longitud de percepción visual más amplia llamada “visión parafovea”, que cubre unos 15 caracteres a la derecha del punto de fijación. En esta área, el lector percibe la llamada forma Bouma de las palabras, es decir, el contorno gráfico de la palabra, producido por los rasgos altos y bajos de cada letra, lo mismo que los espacios en blanco y los signos prosódicos como acentos o mayúsculas. Más allá de esta área de “visión parafovea” se extiende la “visión periférica”, un campo más amplio en el que el lector sólo puede percibir características muy gruesas del texto, como los espacios en blanco que señalan grandes divisiones del texto. La visión parafovea y la visión periférica son las que permiten al lector anticipar, sin haber aún decodificado, el segmento venidero del texto, y es esta anticipación la que posibilita la considerable velocidad de lectura en la página moderna (Skoyles, 1985: 243).

Pero todas estas ventajas estaban ausentes de la página que el lector antiguo tenía ante los ojos. Sin separación entre palabras, frases o párrafos, sin letras mayúsculas que indicaran el inicio de frases o párrafos, sin puntuación que señalara las pausas lógicas, sintácticas o de respiración, la página reducía drásticamente el campo de visión del lector antiguo y, por tanto, la cantidad de texto escrito que podía ser percibido en cada fijación. Los psicolingüistas llaman a esa reducción el “efecto túnel”, para indicar el encajonamiento del campo visual. En cada fijación, la memoria del lector antiguo no retenía tanto un fragmento visual como un “indicio” verbal de la sílaba, cuyos bordes debían aún ser verificados.

En esas circunstancias, el lector antiguo estaba obligado a leer en voz alta o en un murmullo aun desde su preparación inicial, porque la pronunciación física abierta lo ayudaba a retener en la memoria de corto plazo la fracción de palabra o frase que ya había sido fonéticamente decodificada, mientras el trabajo cognitivo de reconocimiento procedía a la decodificación de una sección subsecuente del texto (Saenger, 1997: 8).

De ahí el aspecto final que podemos reconstruir del lector antiguo en el mundo clásico: un profesional que ejecuta con todos los recursos de su voz, una lenta, expresiva y muscular ejecución declamatoria.

La irrupción del mundo cristiano introdujo modificaciones en la concepción del lector y en las motivaciones

para leer, pero no alteró en absoluto la importancia de la lectura pública. La voz lectora continuaba siendo el vehículo privilegiado a la página escrita para un número importante de individuos. No era la comunidad cristiana más letrada que su equivalente pagano, y quizá lo era menos, pero eso no le impedía tener acceso a la página escrita. Para esas comunidades, el contacto con la página a través de la lectura en voz alta tenía como lugar predilecto la ceremonia litúrgica cristiana. En ésta, el iletrado escuchaba el mensaje que debía quedar inscrito en su memoria y en su corazón, lo que ya indica la importancia excepcional que la lectura pública alcanzó en la difusión de la fe. Esto provocó que en el cristianismo la lectura fuera de un virtuosismo extremo, que superaba con mucho a su complemento, la escritura. Durante muchos siglos la Iglesia exigió a sus miembros que supieran leer; pero reservó para la escritura el carácter de una habilidad particular al alcance de unos pocos.

El cristianismo pudo haber heredado esa importancia de la lectura de sus antecedentes judíos. En efecto, en la sinagoga la lectura ocupaba un lugar de privilegio en el servicio, colocada entre las plegarias y la predicación. Normalmente se leían pasajes de la Torah, es decir de los cinco libros de Moisés. Las mañanas del



Sabbat se leía el Pentateuco de manera secuencial (*lectio continua*) de acuerdo con dos modalidades, una de las cuales permitía que, en un ciclo de 54 perícopas o secciones, el texto completo fuera leído en el curso de un año. En un periodo temprano, a la lectura de la Torah se agregó la lectura de los profetas. El cristianismo no podía sino seguir esos antecedentes. Probablemente no lo hizo sin introducir alteraciones, no obstante éstas no afectaban el hecho de que la lectura fuese una parte obligatoria y esencial de la ceremonia litúrgica. Los primeros textos manifiestan implícitamente esa certeza. El apóstol Pablo, por ejemplo, presupone siempre que sus Epístolas habrán de ser leídas ante la comunidad, y con frecuencia menciona las escrituras judías como algo cuya autoridad y sustancia debían resultar familiares a la congregación.

Ambas razones, sus antecedentes judíos y la incorporación de iletrados a los dogmas, hicieron que la lectura formara parte fundamental de la liturgia cristiana desde el inicio, lugar que no abandonaría durante siglos. Estaba firmemente establecida en el siglo II d.C., en el momento en que Justino Mártir la describe de este modo: “y en el día llamado día del sol<sup>3</sup> hay una asamblea de todos los que viven en la ciudad y en el campo, y son leídas las memorias de los apóstoles y las escrituras de los profetas, todo lo que el tiempo lo permite. Luego, el lector se detiene y el que preside habla, exhortándonos y amonestándonos a imitar esos ejemplos excelentes” (Justino, 1996: 67). La lectura pública tuvo efectos adicionales de gran importancia, como su participación en la búsqueda del canon cristiano. En un momento en que “canon” no tenía como significado “norma” sino “lista”, la cuestión de cuáles eran los libros aceptables en la lectura pública era simultáneamente el proceso de selección de la serie de textos canónicos. La lectura litúrgica era el lugar concreto desde el cual los textos obtenían autoridad teológica y el lugar en que esa autoridad surtía efecto. Por eso Eusebio, para establecer lo que llamaba “libros de la Nueva Alianza”, consideraba principalmente aquellos que habían sido leídos en todas, o en la mayoría, de las iglesias. Desde luego, no todo documento leído públicamente alcanzó el estatuto de canónico, pero aquellos que lo lograron tuvieron como antecedente el haber sido conocidos por las congregaciones en el servicio dedicado a Dios.

Con ello podemos percibir la importancia que el lector tenía en la Iglesia primitiva. La responsabilidad

era muy grande: la lectura era no sólo la verbalización de la palabra de Dios, sino un acto oficial rodeado de la mayor atención. El mismo Pablo había recomendado a Timoteo “vigilar la lectura, la prédica y la enseñanza”, y en Rev. 1: 3, se pronunciaba una bendición para “aquel que lee”, y otra para aquellos que escuchan. Probablemente en algunas iglesias el lector no sólo leía las escrituras, sino que también ofrecía una homilía en la que interpretaba y aplicaba el fragmento de Escritura que había leído. A medida que se consolidaron los oficios en la Iglesia primitiva, la responsabilidad de la lectura, que era “interpretación”, se hizo recaer en obispos, presbíteros o diáconos, es decir, en aquellos que gobernaban la Iglesia y administraban su enseñanza. Pero en los primeros tiempos ellos no necesariamente estaban alfabetizados, o no leían suficientemente bien, de manera que el oficio de lector recayó en los miembros letrados de las congregaciones primitivas. Eso explica la relativa independencia que el oficio de lector tuvo respecto al resto de los oficios eclesiásticos.

En la Iglesia occidental, el lector fue considerado como el funcionario responsable de una acción particular en la liturgia, que era indispensable en la instrucción y la edificación de la comunidad. En consecuencia, pronto recibió una estima particular: “no hay nada en lo cual un confeso pueda ser de mayor auxilio a sus hermanos que éste: mientras la lectura evangélica de las escrituras es oída de sus labios, cualquiera que escucha puede imitar la fe del lector”, escribió san Cipriano (cit. en Gamble, 1995: 224). La capacidad de leer fue apreciada como uno de los principales dones del espíritu, un *charisma*. Sin embargo, en una tendencia que es perceptible desde el siglo I d.C., aquellas actividades consideradas carismáticas fueron asimiladas gradualmente a oficios particulares y llegaron a ser ejercidas mediante una autoridad fija. Lo mismo ocurrió en el caso de la lectura. En consecuencia, surgió un estamento específico: la orden de los lectores, que se convirtió en la más antigua de las llamadas órdenes menores de los clérigos. Su presencia está reconocida desde el siglo II d.C. en Roma y en el norte de África, y para el siguiente siglo se la encuentra establecida en todas partes. Siendo la liturgia esencialmente conservadora, formalizar el oficio del lector probablemente era reconocer la existencia de una práctica anterior, datable quizá de los primeros tiempos del cristianismo. Puesto que pertenecía a una orden eclesiástica, el lector recibía la ritual imposición de manos, por medio

<sup>3</sup> “El 25 de diciembre del 274 Aureliano inauguró un templo al *Sol invictus*, estableciendo el culto del sol en Roma. Esa fecha, que también celebraba el *Dies Natalis Solis*, el nacimiento del sol, se convierte en la fecha del nacimiento de Cristo. El domingo, día del sol, se convierte en *Domenica Dies*, en el día del Señor, fiesta oficial desde el 320” (Carmona Muela, 1998).

de la cual se le comunicaba su consagración a Dios y una calidad y excelencia espiritual particulares. De este modo, el lector fue perfectamente establecido entre los clérigos en un puesto similar al del presbítero, su rol fue divinamente sancionado y su habilidad fue entendida como el ejercicio de un regalo espiritual.

La liturgia concedió al lector un lugar específico y visible desde el cual interpretar frente a la comunidad. Se trataba de una plataforma elevada, ancestro del púlpito, una especie de podium llamado ambón (o bien *lectricium, legitorum*) (Leclerq, 1953a: 1330). Debió ser una decisión muy temprana, porque la aparición del ambón antecede a la construcción de las primeras basílicas cristianas. La evidencia arqueológica muestra un pequeño podium que podía alcanzar 1.50 o 1.70 metros de altura, con escaleras a ambos costados, provisto de balaustrada y de un atril para descansar el libro durante la lectura, más grande que un púlpito porque debía alojar al lector y eventualmente a dos acompañantes provistos con candelabros. Hacia el siglo III d.C., el ambón<sup>4</sup> debía ser cosa cotidiana: Cipriano lo menciona como *pulpitum*. Cuando hizo su aparición en las primeras basílicas solía estar colocado en un lugar tan destacable como el centro de la nave principal, o bien estaba unido al altar por una pasarela llamada solea. Además del ambón dedicado a la lectura de los Evangelios, llegó a existir un segundo ambón dedicado a la lectura de las Epístolas.<sup>5</sup> Era un lugar sumamente reservado: el Concilio de Nicea (325 d.C.) prohibió el acceso al ambón a todos aquellos que no hubiesen recibido la imposición de manos, y el Concilio de Laodicea (371 d.C.) reservó el derecho a subir al ambón únicamente a los lectores y los cantores. Nunca fue usado para la prédica porque en la Iglesia primitiva el obispo predicaba desde su trono o desde las gradas del altar. En su lugar exclusivo, el lector era así resaltado y expuesto en un sitio en el que, pudiendo ser visto por todos, podía propiciar sentimientos de gloria y valor en el corazón de aquellos que lo escuchaban.

El ascenso al ambón por las escaleras era acompañado de cantos llamados graduales (del latín *gradus*, peldaño) inspirados en versos de los Salmos o de otros cantos bíblicos. El acceso del lector al ambón y la lectura eran objeto de un meticuloso ritual del cual se conserva un relato en el *ordo romano*:

El lector, habiendo besado los pies del celebrante y solicitado su bendición, va hacia el altar, toma el libro con el

cual cantará el Evangelio, lo besa y lo eleva, y apoyándolo parcialmente en su hombro izquierdo, se dirige al ambón. Dos subdiáconos lo preceden con uno o dos incensarios; otro subdiácono precede a aquellos para alimentar los incensarios de vez en cuando. Llegados al ambón, los acólitos se apartan a fin de dejar pasar entre ellos a los subdiáconos y al lector que porta el Evangelio. Los subdiáconos con sus incensarios suben al ambón por un lado y descienden por el lado opuesto manteniéndose al pie de la escalera. El subdiácono que no lleva incensario se voltea al lector y presenta su brazo izquierdo sobre el cual el lector coloca el evangelio a fin de que el subdiácono le indique la parte del texto que debe leer. Enseguida, el lector sube al ambón y colocando el libro sobre el pupitre canta y todo el mundo le responde. Habiendo sido cantado el Evangelio, el lector desciende del ambón y el subdiácono recibe el libro de los Evangelios. Teniéndolo así, lo hace besar, primero por el obispo y luego por el sacerdote (Leclerq, 1953a: 1337).

En lo alto del ambón el lector leía de pie, porque en la liturgia esa posición es un signo de respeto: “de pie se hace la oración judía, lo mismo que la oración cristiana, y de pie esperan los bienaventurados la venida del Hijo del Hombre” (Sebastián, 1994: 88). Con el códice abierto frente a sí (porque el rollo había sido sustituido por el formato del libro que hasta hoy utilizamos), el lector anunciaba que iba a leer y procedía a comenzar. No se conservan indicaciones claras acerca de cómo ejecutaba el lector su interpretación en la Iglesia primitiva, pero como lo sugiere el texto anterior, todo hace pensar que la lectura no era hecha con la voz del habla, sino que era entonada, es decir, cantada con una inflexión simple. Ya hemos visto al lector del mundo clásico realizar una ejecución declamatoria. Leer un texto poético era en un cierto sentido no solamente leer sino cantar, y aun en la ejecución de textos en prosa la lectura podía tener la calidad del canto, especialmente en contextos públicos o ceremoniales. Pero este carácter melódico de la lectura se acentuaba en los textos sagrados. Para el lector antiguo el recurso a la entonación se explica por varias razones: cantar es un medio de amplificar y proyectar la voz, y sirve para hacerla más articulada y audible. Cantar es también un estilo solemne de leer, y probablemente era resentido como más adecuado al contenido y a la situación en el caso de las Escrituras judías y cristianas. Además, cantar es el medio más efectivo de impresionar

---

<sup>4</sup> “El término ‘ambón’ deriva de la palabra griega para “prominencia”, “elevación” y recuerda al “púlpito de madera” desde el cual Esdras declamó las Escrituras del Antiguo Testamento a la multitud reunida ante el pórtico del templo” (Milburn, 1988: 123).

<sup>5</sup> Algunos elementos de este párrafo se deben a Murray, s/f.

al oído y a la memoria con aquello que es leído, porque con sus entonaciones, pausas y ritmos, el canto provee una vía más gratificante para el oyente (Gamble, 1995: 226). Es la estrecha asociación entre lectura y canto la que hizo que en los primeros siglos cristianos la figura del lector y la del cantor se confundieran. No fue sino hasta el siglo IV d.C. que surgió el oficio específico de cantor, orden menor también, cuya aparición estaba asociada al desarrollo de la salmodia como algo distinto a la lectura de la Escritura.

Desde luego, el tipo de canto que el lector ejecutaba era sencillo. Su propósito no era desarrollar una música enteramente autónoma, sino crear una especie de interpretación para cada una de las frases del texto que eran introducidas y seguidas por una frase melódica breve y simple. Este tipo de lectura, que no es ni habla ni canción, puede ser considerada una suerte de recitación melódica. El elemento musical es generado por el discurso, es dependiente de la estructura verbal y sintáctica del texto y está subordinado a la comunicación oral. Ni la melodía ni el ritmo se constituyen en forma musical autónoma, permaneciendo como acompañamiento al servicio de las palabras. A este tipo de interpretación se le ha llamado “logogénico”, para destacar su dependencia del mensaje verbal.

Los primeros lectores cristianos pudieron haber heredado esta recitación melódica de los hábitos de la sinagoga, donde algo similar se había desarrollado en rechazo consciente al “afeminado arte musical”, que el mundo pagano había conocido desde la época helenística. Es característico de la sinagoga que la Biblia nunca es leída como habla ordinaria o como declamación; siempre es cantada con alturas musicales y puntuada por cadencias melódicas asociadas a cláusulas o periodos. Cuando la Iglesia de Cristo se apropió del canto bíblico de la sinagoga, su rama romana retuvo el canto en su forma simple y no lo desarrolló en ningún sentido. Aunque el lector utilizaba el procedimiento en todos los textos, éste tuvo un desarrollo particular en un conjunto de himnos que son compartidos por la tradición judía y cristiana: los salmos. De ahí proviene el patrón musical conocido como salmodia (en griego, *psalmodia*). La forma del canto le era impuesta al lector por la estructura lingüística de los Salmos. Cada salmo puede consistir en un número mayor o menor de versos que no están organizados en estrofas simétricas. La melodía de un verso puede entonces convertirse en una unidad musical que es repetida tantas veces como versos tiene un salmo. La mayoría de esos versos están divididos en dos partes iguales (*hemisticus*) por una cesura, y la melodía salmódica sigue naturalmente esa partición. El verso bíblico está caracterizado únicamente por el número de sílabas acentuadas, sin im-

portar el número de sílabas no acentuadas o débiles que les rodean, de manera que el verso de un salmo puede variar ampliamente en longitud. La tonada debe adaptarse a esas condiciones tan laxas; para ello, se vale simplemente de una “nota” de recitado compuesta por un movimiento inicial, que continúa con la misma nota, adquiere una cadencia media y se repite idéntica en el verso siguiente hasta desembocar en la cadencia final:

El simple material melódico de estas fórmulas básicas puede ser asimilado y reproducido por un auditorio promedio después de escuchar uno o dos versos. En este sentido, la salmodia es un género verdaderamente colectivo. Su efecto estético y psicológico está gobernado por la repetición recurrente de la misma frase melódica, un elemento de estabilidad para la recitación que contrasta con un texto que es constantemente cambiante. Después de pocas repeticiones, la tonada pierde todo interés y la atención se orienta automáticamente a las palabras que continuamente ofrecen algo nuevo. Las inflexiones vocálicas que sirven de acompañamiento se ocultan y forman un trasfondo acústico que infiltra el subconsciente y crea una disposición particular que, eventualmente, llega a ser asociada con una cierta festividad o con el tiempo de la plegaria, con el duelo, o con otras emociones (Avenary, 1981: 575-576).

Al recurrir a la recitación melódica, el lector antiguo mostraba que su habilidad y propósito estaban orientados a persuadir, más que argumentar, involucrando a su auditorio mediante la interpretación en un profundo compromiso psicológico.

La voz que resonaba desde el ambón podía tener todas las edades. No había un momento de la vida estipulado para convertirse en lector cristiano. Hacia el siglo IV apareció la tendencia a admitir niños jóvenes en el rango de los lectores: san Ambrosio habla de lectores *parvuli* y san Agustín menciona un grupo de lectores *infantuli*. Algunas inscripciones en lápidas se refieren a lectores de sólo cinco años de edad, quizá bajo la idea de que la inocencia infantil era la más adecuada para transmitir sin alteraciones la palabra de Dios. Para dar instrucción a esos pequeños se creó una organización presidida por un diácono, el *primicerius lectorum*. Puesto que el lector iniciaba su carrera tan joven y en un puesto relevante, la carrera de lectorado se convirtió en una vía de progreso hacia rangos más altos en la jerarquía de la Iglesia. Se conocen muchos casos similares al de Epifanio, quien llegó a ser obispo de Pavia y que había sido lector desde los ocho años.

Sin embargo, dadas las habilidades requeridas, la edad del lector solía ser más avanzada, entre el final de

la adolescencia y la madurez (aunque mediante las inscripciones lapidarias se conocen casos de lectores de hasta 73 años de edad). Por ejemplo, Gallus César y su hermano Juliano, que pasaría a la historia como El Apóstata, fueron autorizados “a leer ante el pueblo los libros eclesiásticos”, entre los 14 y los 20 años de edad (Leclercq, 1953b: 2248). La mayoría de los lectores se encontraba en este rango. Una prueba de ello es que, como para todas las órdenes menores, estaba estipulado que los lectores podían casarse, aunque sólo una vez, y un canon estableció con detalle las condiciones para esos matrimonios. Debe hacerse notar, sin embargo, que del ambón sólo provenían voces varoniles. No existe ninguna mención de mujeres lectoras; incluso Tertuliano, quien se quejaba de las transformaciones acaecidas en los oficios de la Iglesia, no menciona a las lectoras entre los atrevimientos a que habían llegado las mujeres. Quizá el cristianismo también había sido influido en ello por la brutal afirmación hebrea, con la cual se las había excluido del canto (cit. en Avenary, 1981: 580).

Tal diversidad de condiciones entre los lectores era posible porque, a diferencia del lector clásico, quien debía tener conocimientos y experiencia para enfrentarse a la página, el lector cristiano se encontraba en una situación ligeramente diferente: por un lado, disponía de pocos textos que eran intensamente leídos en la liturgia de manera que, a la larga, adquiriría una profunda familiaridad con las Escrituras. Además, la importancia otorgada a la palabra divina hizo que se privilegiara la exactitud de la interpretación. Es por eso que desde fecha temprana los manuscritos cristianos se caracterizaron por contener letras más grandes de lo usual, pocas letras por línea para facilitar la percepción visual, y pocas líneas por página para mejorar la visión de conjunto. Se iniciaba un proceso gradual que habría de llevar a la moderna página legible. Esa misma búsqueda de ayuda al lector es la que condujo a san Jerónimo a transcribir la Biblia en un formato novedoso, *per cola et commata*, es decir, segmentando el texto en líneas que expresaban un sentido completo, en frases (comma) y en cláusulas (colon), que son unidades semánticas. Este método de presentación del texto era indicativo del comienzo de un proceso por el cual el trabajo de puntuación y producción de sentido, que hasta entonces había sido obra del lector, pasaba a ser responsabilidad del copista, quien debía indicar sobre el manuscrito cuáles eran las unidades correctas y cuál el lugar donde una pausa era conveniente.<sup>6</sup> La legibilidad de la página fue un proceso que demoró siglos.

Las ayudas que el lector recibía no alcanzaban a reemplazar la necesaria habilidad literaria y, en cierto modo, él seguía siendo un estudioso de los textos. No es casual que, cuando a inicios del siglo IV en Cirta se decretó una confiscación general, la mayoría de los libros fueran encontrados en casa de los lectores, quienes probablemente preparaban sus ejecuciones. Pero si había cierto alivio en la tarea de la lectura, en cambio se agregaba algo que nunca había estado incluido entre las características del lector: su perfil moral. La espiritualidad propia de la lectura cristiana y la importancia de su posición hicieron que el lector fuera considerado el icono viviente de ciertas dotes morales. Sólo podía ser nombrado lector alguien que había sido cuidadosamente probado: no debía ser parlanchín o bromista, no podía ser afecto a las bebidas alcohólicas y, por el contrario, debía poseer una buena moral, ser obediente, de intenciones benévolas, miembro distinguido en la asamblea de fieles, una expresión franca, ser hábil en la exposición y tener clara conciencia de que actuaba en el lugar del evangelista.

El lector cristiano permaneció durante un lapso histórico de muchos siglos, mientras su colega pagano se extinguía gradualmente, lo mismo que la civilización clásica. Naturalmente, ambos acabarían por ser reemplazados por otros comportamientos y otros gestos, siguiendo nuevas modalidades de lectura. Quizá se disuelva cuando las almas se reencuentren con Dios, pero por ahora ya no es necesario probar que, como toda actividad humana, la lectura tiene una historia. A nosotros, más modestamente, nos ha permitido mostrar que una real alteridad, y no sólo una repetición de lo Mismo, se encuentra anclada en uno de nuestros hábitos intelectuales más cotidianos.

## Bibliografía

- AVENARY, HANOCH  
1981 “Music; the emergence of synagogue song”, en *Encyclopedia Judaica*, vol. XII, pp. 566-590, Jerusalén.
- BALOGH, JOSEF  
1927 “Voces paginarum”, en *Philologus*, LXXXII, pp. 202-240.
- BONNER, STANLEY F.  
1984 *La educación en la Roma antigua*, Herder, Barcelona.
- CARMONA MUELA, JUAN  
1998 *Iconografía cristiana*, Itsmo, Madrid.
- GAMBLE, HARRY  
1995 *Books and readers in the early church. A history of early texts*, Yale University Press, New Haven.

<sup>6</sup> Un ejemplo de la segmentación *per cola et commata* se encuentra en el *Códice MS Amiantino I*, fol. 349v, reproducido por Parkes, 1993: 179.

- HARRIS, WILLIAM  
1989 *Ancient literacy*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- HODGMAN, A.  
1923 "Latin equivalents of punctuation marks", en *Classical Journal*, núm.19.
- IRVINE, MARTIN  
1994 *The making of textual culture. "Grammatica" and literary theory 350-1100*, Cambridge University Press, Cambridge.
- JUSTINO, SAN  
1996 *Apología*, en D. Ruiz Bueno (ed.), *Padres apologetas griegos*, Biblioteca de autores cristianos, Madrid (reimp.).
- KNOX, BERNARD  
1968 "Silent reading in antiquity" en *Greek, Roman and Byzantine studies* vol. IX, pp. 421-435.
- LECLERQ, H.  
1907-53a "Ambon", en *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et liturgie*, vol. I.1, pp. 1330-1347, Librairie Letouzey et Ané, París.  
1907-53b "Lecteur", en *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et liturgie*, vol. VIII.2, pp. 2241-2269, Librairie Letouzey et Ané, París.  
1907-53c "Livre", en *Dictionnaires d'archéologie chrétienne et liturgie*, vol. IX.2, pp. 1754-1772, Librairie Letouzey et Ané, París.
- MARICHAL, R.  
1971 "La escritura latina y la civilización occidental del siglo I al siglo XVI", en Cohen, M., ed., *La escritura y la psicología de los pueblos*, Siglo XXI, México.
- MARROU, HENRY IRENÉE  
1937 *MOUSICOS ANER. Étude sur les scènes de la vie intellectuelle figurant sur les monuments funéraires romains*, Imprimerie Allier Pere et fils, Grenoble.
- MILBURN, R.  
1988 *Early Christian Art and Architecture*, California University Press, Berkeley.
- MURRAY, P.  
s/f "Ambo", en *The Oxford Companion to Christian Art and Architecture*, Oxford University Press, Oxford.
- PARKES, M.B.  
1993 *Pause and effect. Punctuation in the West*, University of California Press, Berkeley.
- PERSIO FLACO  
1987 *Sátiras*, trad. Germán Viveros, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- PLINIO EL JOVEN  
1989 *Letters and panegyricus*, Harvard University Press, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass. (reimp.).
- QUINN, KENNETH  
1982 "The poet and his audience in the Augustean age", en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, vol. II, núm. 30, p. 1, Walter de Gruyter, Berlín.
- SAENGER, PAUL  
1997 *Space between words. The origins of silent reading*, Stanford University Press, California.
- SEBASTIÁN, SANTIAGO  
1994 *Mensaje simbólico del arte medieval*, Ediciones Encuentro, Madrid.
- SÉNECA  
1993 *Epístolas morales a Lucilio*, trad. Ismael Roca Gredos, Madrid (reimp.).
- SKOYLES, JOHN R.  
1985 "Did ancient people read with their right hemispheres? A study in neuropalaeography", en *New ideas in psychology*, vol. III, pp. 243-252.
- STOCK, BRIAN  
1996 *Augustin the reader. Mediation, self-knowledge and the ethics of interpretation*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- SUETONIO  
1969 *Vidas de hombres ilustres*, en L. Escobar, ed., *Biógrafos y panegiristas latinos*, Aguilar, Madrid (reimp.).
- WINGO, E.O.  
1972 *Latin punctuation in the classical age*, Mouton, La Haya.